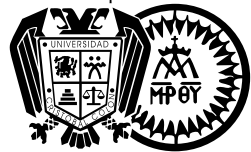




TEXTOS >01
ESCOLAPIOS

La urgencia de la
educación hoy

"Educar para servir"



EDUCARE ET MINISTRARE



LA URGENCIA DE LA EDUCACIÓN HOY

Mons. Félix
Lázaro Martínez, Sch. P.

Conferencia Magistral dictada por
el autor el 24 de marzo de 2011 en el auditorio de la Universidad
Cristobal Colón, campus Torrente Viver.
ISBN 978-607-7991-01-4

URGENCIA

Agradezco la invitación a compartir con ustedes un tema que me atrevería a calificar de apasionante, me refiero a la urgencia educativa. El título de la Conferencia Magistral lo recoge: “La Urgencia de la Educación Hoy”

El término “urgencia” diré que lo “patentizó” el Papa Benedicto XVI, en la Carta que dirigió a la Diócesis y Ciudad de Roma, el 21 de enero de 2008, sobre Educación, en la que habla de la tarea urgente de la educación. Dicha Carta nos servirá de pauta y eje de nuestra conferencia, y tendremos ocasión de ver en qué sentido el Papa habla de urgencia educativa, o de tarea urgente de la educación hoy.

Pero antes, y en homenaje a quien lleva el nombre de la Cátedra, “Calasanz”, quiero referirme a otro visionario que hace cuatro siglos intuyó la “urgencia” de la educación de los niños y jóvenes pobres, convencido de que en la educación estaba el remedio de los males de la sociedad y la inducción de los niños y jóvenes al bien. Me refiero a José de Calasanz, Fundador de las Escuelas Pías.

El siguiente texto recoge muy bien la visión y preocupación social que llevó a Calasanz a fundar las Escuelas Pías: “La reforma de la re-

pública cristiana –escribe– consiste en el diligente ejercicio de la enseñanza. La buena educación de los jóvenes es un eficazísimo remedio de preservación y curación del mal y de inducción e iluminación del bien. De él depende la paz y el sosiego de los pueblos, el buen gobierno de las ciudades, la propagación de la fe, la conversión y preservación de las herejías, y, finalmente, la reforma de toda la cristiandad, porque enseña a bien vivir”

Calasanz estaba convencido que a través de la educación de la niñez y juventud se podía conseguir la reforma de la sociedad, hasta el punto que llega a escribir: “la reforma de la república cristiana consiste en el diligente ejercicio de la enseñanza”

De la buena educación, según Calasanz, depende:

- * la paz y sosiego de los pueblos
- * el buen gobierno de las ciudades
- * la propagación de la fe
- * la conversión y preservación de las herejías, (errores)
- * y la reforma de toda la cristiandad porque la educación enseña a bien vivir.

Calasanz tuvo dos intuiciones o genialidades originales:

- 1) Ver en la educación de los niños pobres el remedio de los males e inducción al bien. Se refiere a la educación cristiana, basada en el santo temor de Dios, en la pedagogía sacramental y en el amor a la Santísima Virgen María.
- 2) Abrir el campo de la educación a los pobres. Calasanz fue un auténtico pionero. Él pensaba que si a los niños se les enseñaba a escribir, el ábaco y la gramática, éstos podían ganarse la vida honradamente.

José de Calasanz fue un hombre eminentemente pragmático. Preocupado por la situación social de su tiempo, su estancia en Roma le permite conocer la otra cara de aquella Roma de los Papas y Cardenales; la Roma de la pobreza y de los niños tirados en la calle, y conseguir el remedio para aquellos niños, a través de la catequesis primero, y más tarde a través de la educación cristiana, educándolos en la piedad y en las letras, que acabaría por dar origen a la Obra de las Escuelas Pías.

Calasanz sintió la “urgencia” de educar a los niños y jóvenes en la piedad y en las letras, convencido de que “si desde su tierna edad son imbuidos diligentemente los niños en la piedad y en las letras, hay que esperar, sin lugar a dudas, un feliz curso de toda su vida”

Para Calasanz la urgencia consistía en sacar a aquellos niños de la pobreza y miseria moral, y hacer de ellos hombres de provecho y buenos cristianos.

Calasanz educaba en la piedad y en las letras, proponiéndose como meta la educación integral del niño, para hacer de él un futuro buen ciudadano y un buen cristiano: “Nadie ignora la gran dignidad y mérito que tiene el ministerio de instruir a los niños, principalmente a los pobres, ayudándoles así a conseguir la vida eterna. En efecto, la solicitud de instruirlos, principalmente en la piedad y en la doctrina cristiana, redundará en bien de sus cuerpos y de sus almas, y, por esto, los que a ello se dedican ejercen una función muy parecida a la de sus ángeles custodios”

Es de notar que Calasanz señala que la solicitud de instruirlos, principalmente en la piedad y en la doctrina cristiana, redundará no sólo en bien de sus almas, sino también de sus cuerpos, “de sus cuerpos y de sus almas”

Más adelante veremos, que la urgencia a la que se refiere el Papa Benedicto XVI en la educación, tiene mucho que ver con lo que Calasanz insistía siglos antes, pues aunque las motivaciones y circunstancias son distintas, sin embargo, coinciden en educar para la vida y el bien.

Para Calasanz, la urgencia en la educación radica en el hecho de que él ve que a través de la educación puede lograrse la reforma de la sociedad y de la misma Iglesia. Es significativo el siguiente texto, que

escribió de su puño y letra al Cardenal Tonti, en un famoso Memorial en defensa de la Obra de las Escuelas Pías, a las que el Cardenal se oponía tenazmente, pero que más tarde acabó por ser uno de sus defensores más acérrimos:

“La adecuada educación de los niños, principalmente de los pobres, no sólo contribuye al aumento de su dignidad humana, sino que es algo que merece la aprobación de todos los miembros de la sociedad civil y cristiana: de los padres, que son los primeros en alegrarse de que sus hijos sean conducidos por el buen camino; de los gobernantes, que obtienen así unos súbditos honrados y unos buenos ciudadanos, y, sobre todo, de la Iglesia ya que son inducidos de un modo más eficaz en su multiforme manera de vivir y de obrar, como seguidores de Cristo y testigos del Evangelio”.

He querido traer a colación a Calasanz, porque además de ser el titular de la Cátedra que lleva su nombre, fue un pionero en su tiempo, que sintió la urgencia, la necesidad, la primacía de la educación, para, a través de la misma, alcanzar la reforma de la sociedad y de la Iglesia.

Después de esta breve incursión obligada, en la figura de Calasanz, ¿qué ha movido al Papa Benedicto XVI a hablar desde la Cátedra de San Pedro, de “urgencia educativa”, de la urgente tarea de la educación?

Tres, diría yo, son las ideas motoras en torno a las que el Papa elabora su discurso educativo:

- 1) El fenómeno del relativismo imperante y la verdad
- 2) El amor a los jóvenes y preocupación por su futuro
- 3) La educación en la fe

El fenómeno del relativismo imperante y la verdad

En la misa de preparación para el Cónclave del que saldría Papa Benedicto XVI, el entonces Cardenal Ratzinger señaló, en aquel momento, algo que impactó, que él llamó la “dictadura del relativismo”.

Estas palabras del futuro Papa causaron revuelo. Pero ¿por qué tal afirmación llegó a causar tanto revuelo, que algunos incluso, trataron a Ratzinger de intransigente?

En realidad la alusión y condena del relativismo no era nueva. Ya el Papa Juan Pablo II en su Encíclica “Veritatis Splendor”, Esplendor de la Verdad, en el mes de agosto de 1993, escribía estas palabras, que, a mi entender, son clave para una mejor comprensión del fenómeno del relativismo, y cito, núm. 1, Introducción:

“Llamados a la salvación mediante la fe en Jesucristo, ‘luz verdadera que ilumina a todo hombre’ (Jn. 1,9), los hombres llegan a ser ‘luz en el Señor’ e ‘hijos de la luz’ (Ef.5,8), y se santifican “obedeciendo a la verdad” (1Pe 1,22).

Escuchemos lo que dice a continuación el Papa:

“Mas esta obediencia no siempre es fácil. Debido al misterioso pecado del principio, cometido por instigación de Satanás, que es ‘mentiroso y padre de la mentira’ (Jn 8,44), el hombre es tentado continuamente a apartar su mirada del Dios vivo y verdadero y dirigirla a los ídolos (Cf. 1Tes. 1,9), cambiando ‘la verdad de Dios por la mentira’ (Rom. 1,25); de esta manera su capacidad para conocer la verdad queda ofuscada y debilitada su voluntad para someterse a ella. Y así abandonándose al relativismo y al escepticismo (cf. Jn 18,38), busca una libertad ilusoria fuera de la verdad misma”.

San Pablo, en el capítulo 1 de su carta a los Romanos plantea ya la problemática del conocimiento de la Verdad al afirmar que el hombre tiene la capacidad de conocer la verdad;

“Porque, en realidad, lo que se puede conocer de Dios no es un secreto para ellos, pues Dios mismo se lo dio a conocer.

Pues si bien no se puede ver a Dios, podemos, sin embargo, desde que él hizo el mundo, contemplarlo a través de sus obras y entender por ellas que él es eterno, poderoso, y que es Dios. De modo que no tienen disculpa... al contrario, se perdieron en sus razonamientos y su corazón extraviado se obcecó más todavía. Pretendían ser sabios, cuando hablaban como necios”.
(Rom. I, 19-22)

El relativismo consiste, precisamente, en no querer reconocer la verdad absoluta, válida para todos los seres humanos, e insistir en que la verdad se construye en cada época de la historia, pues no existe la verdad definitiva sobre el hombre, sino que cada uno posee su verdad, lo que cada uno opina. Como tampoco se da una conducta común verdadera, cada uno puede hacer lo que desee y nadie puede calificar esas acciones como malas o incorrectas.

El problema, por tanto, radica en la capacidad del hombre por conocer la verdad. Si el hombre tiene o no capacidad para conocer la verdad sobre sí mismo, su origen, su futuro, o todo queda en la penumbra. Sólo si el hombre es capaz de conocer la verdad, la propia existencia tiene sentido. Sólo si existe una verdad sobre el ser humano, se puede respetar la dignidad de cada persona.

El Cardenal Ratzinger habló de dictadura del relativismo, tratando de liberar al hombre de la encrucijada en que el relativismo encierra al propio hombre, desprotegido de la verdad, y de rehabilitar la verdad. Porque la verdad es la que de acuerdo al evangelio, nos hace libres.

Siendo ya Papa, el Papa Benedicto XVI tuvo la genial idea de escribir la Carta sobre la Educación, en el mes de enero de 2008, dirigida a la diócesis y ciudad de Roma. En ella el Papa al identificar culpas de quienes por distintas dificultades han fallado en el campo de la educación, que reconoce son cada día mayores, pues: “educar nunca ha

sido fácil, y hoy parece ser cada vez más difícil” señala, explícitamente, sin mencionarlo, el relativismo: “En realidad, no sólo están en causa las responsabilidades personales de los adultos y de los jóvenes, que ciertamente existen y no deben esconderse, sino también un ambiente difundido, una mentalidad y una forma de cultura que llevan a dudar del valor de la persona humana, del significado mismo de la verdad y del bien, en última instancia de la bondad de la vida. Se hace difícil, entonces, transmitir de una generación a otra algo válido y cierto, reglas de comportamiento, objetivos creíbles sobre los que se puede construir la propia vida...”

Tan recientemente como el pasado 7 de febrero, el Papa hacía la siguiente denuncia en el Discurso dirigido a la Congregación para la Educación Católica: “La obra educativa parece haberse vuelto cada vez más ardua, porque, en una cultura que a menudo hace del relativismo su propio credo, falta la luz de la verdad, al contrario, se considera peligroso hablar de la verdad, infiltrando así la duda sobre los valores básicos de la existencia personal y comunitaria”

Amor a los jóvenes y preocupación por su futuro

¿Por qué tanta preocupación del Papa en alertar sobre la urgencia de la educación a los niños y jóvenes?

La respuesta la da el mismo Benedicto XVI en la Carta cuando dice: “Todos nos preocupamos profundamente por el bien de las personas que amamos, en particular de nuestros niños, adolescentes y jóvenes.”



Les confieso que nunca había visto un Papa que le haya dedicado tanto espacio a la educación y al mismo tiempo tan preocupado por la formación y educación que reciben los jóvenes, y que haya levantado la voz para hablar de “urgencia de la educación”.

De la profunda preocupación que siente el Papa por los niños, adolescentes y jóvenes, y por su futuro, emerge la llamada a la tarea urgente de la educación.

Es como el que se está ahogando, que no puede esperar a que le echen una soga, o un salvavidas, cuando ya no haya remedio. Lo necesita ahora, urgente.

De ellos depende el futuro, por lo que es preciso preocuparse con urgencia de la formación de las futuras generaciones, y más en concreto, “por su capacidad de orientarse en la vida y de discernir el bien del mal, por su salud no sólo física sino también moral”.

Aun reconociendo que nunca ha sido fácil educar, y que cada día se hace más difícil, es interesante la referencia que hace el Papa al relativismo y a la falta de la luz de la verdad, como la razón que dificulta y hace más ardua la labor educativa.

La preocupación nace “del relativismo que impera, y de la falta de la luz de la verdad, cuyas consecuencias se traducen en la mentalidad y forma de cultura que están llevando a dudar del valor de la persona humana y a relativizar conceptos tan básicos y fundamentales como los de verdad, libertad y bien”.

Por otra parte, son muchos los fracasos en que terminan, muy a menudo, los esfuerzos por transmitir una buena y sólida educación.

Ante este cuadro poco halagüeño el Papa urge por una educación adecuada a los jóvenes: es necesario salir al paso de tendencias que desorientan a los jóvenes y no les ofrecen vías seguras. A toda costa hay que ofrecer a la juventud caminos seguros y una educación adecuada fundamentada en la verdad, en la bondad de la vida y en valores.

En alocución dirigida a los obispos italianos, el 27 de mayo de 2010, el Papa daba dos razones de esta urgencia:

La primera, la mal entendida autonomía de las personas, según la cual cada uno se debería desarrollar por sí mismo, sin imposición

alguna de parte de los demás, ya que se considera que son meros espectadores, que no deben entrar en el proceso.

Y la segunda, la exclusión de las principales fuentes que orientan el camino humano: la naturaleza, la revelación y la historia. “El escepticismo y el relativismo niegan la capacidad normativa de la naturaleza que de por sí no contendría. La revelación no indicaría contenidos sino motivaciones. Y la historia sólo informaría acerca de decisiones que otros tomaron y que no sirven para ahora y el futuro”.

Ya el Papa había expresado sus temores en la alocución que tuvo con motivo de la presentación de su Carta sobre la Educación, el 23 de febrero, en la Plaza de San Pedro, a las personas implicadas en lo que él llamó “el gran desafío educativo”. Escuchemos una vez más al Papa: “demasiadas incertidumbres y dudas reinan en nuestra sociedad y en nuestra cultura; los medios de comunicación social transmiten demasiadas imágenes distorsionadas. Por lo que resulta difícil proponer a las nuevas generaciones algo válido y cierto, reglas de conducta y objetivos por los cuales valga la pena gastar la propia vida”.

No es de extrañar, confiesa el Papa, que ante esta situación “muchos padres de familia y profesores se sienten tentados de renunciar a la tarea que les corresponde, y ya ni siquiera logran comprender cuál es de verdad la misión que se les ha confiado”.

La respuesta del Papa no se hace esperar: “Hoy estamos aquí también y sobre todo porque nos sentimos sostenidos por una gran esperanza y una fuerte confianza, es decir, por la certeza de que el “sí” claro y definitivo, que Dios en Jesucristo dijo a la familia humana, vale también hoy para nuestros muchachos y jóvenes, vale para los niños que hoy se asoman a la vida”.

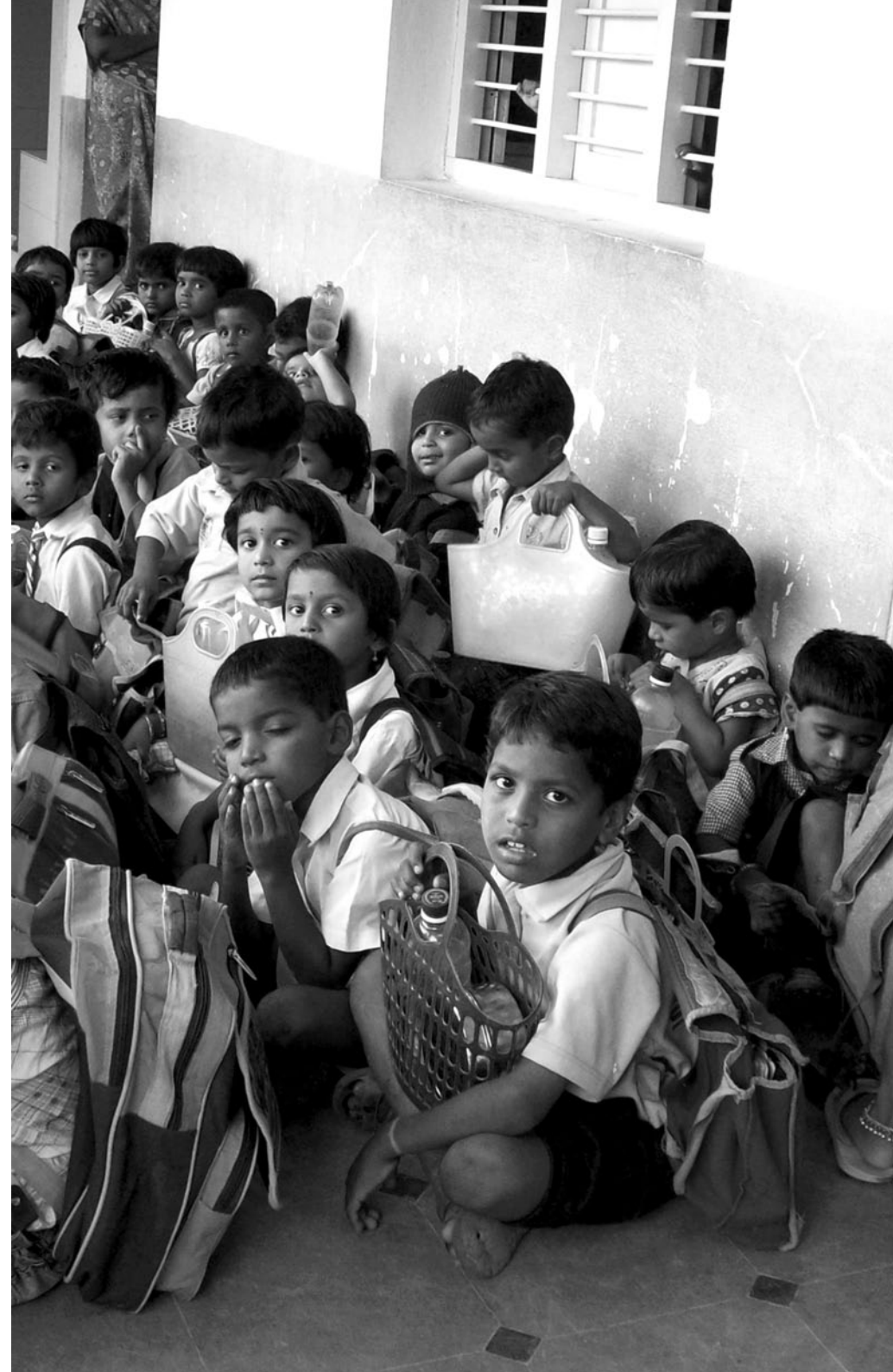
Una vez más aflora la preocupación por los niños y jóvenes. Uno hasta se emociona escuchando lo que el Papa dice a continuación:

*“Por eso,
- también en nuestro tiempo educar en el bien es posible, (lo que se debe hacer con urgencia).*

*- es una pasión que debemos llevar en el corazón,
- es una empresa común a la que cada uno está llamado a dar
su contribución”*

*“Estamos aquí, en concreto, porque queremos responder
al interrogante educativo que hoy perciben dentro de sí los
padres, preocupados por el futuro de sus hijos..., los profesores...,
los sacerdotes y catequistas..., los mismos muchachos,
adolescentes y jóvenes”.*

“Interrogante educativo”, “el gran desafío educativo”, “urgencia educativa”, “la gran emergencia educativa”, “solicitud común”, “preocupación”, “gran esperanza”, “fuerte confianza”, “pasión que debemos llevar en el corazón” y otros muchos términos que pudiéramos encontrar, son sólo una muestra del interés genuino de un Papa, de Benedicto XVI, el Papa que yo bautizaría como el Papa apasionado por la verdad y la razón en búsqueda de la fe, o el Papa apasionado por el binomio fe y razón, fe y ciencia, razón y verdad, verdad y fe, o el Papa apasionado porque los hombres conozcan la verdad que les lleve a la Verdad con mayúscula, Jesucristo, fuente y fundamento de toda verdad.



Educación en la fe

El Papa es consciente que la educación es tarea común a la que cada uno está llamado a dar su contribución. De hecho, en la presentación de la Carta a la que hemos hecho alusión, en la Plaza de San Pedro, el 23 de febrero de 2008, se dirigió a los asistentes alentándoles a asumir, cada uno, su responsabilidad en la común tarea educativa.

A los padres les pide que, además del testimonio coherente de vida y firmeza de carácter, ayuden a sus hijos “a distinguir con claridad entre el bien y el mal y a construir sólidas reglas de vida que las sostengan en las pruebas futuras.

A los profesores, además de a tener un alto concepto de su trabajo, les recomienda la búsqueda de la verdad, pero de una verdad que pueda ser guía en la vida, y “en estrecha sintonía con los padres en el noble arte de la formación de la persona.”

A los sacerdotes les dice que procuren “tener siempre con los muchachos y los jóvenes los mismos sentimientos de Jesucristo, ser amigos fieles, y ser testigos sinceros e intrépidos de la verdad que hace libres.

A los alumnos les recuerda que la educación no es solamente obra de los educadores, y que ellos están llamados a ser los artífices de su crecimiento moral, cultural y espiritual.

Si quisiéramos congregar los componentes fundamentales de la educación, en torno a los cuales el Papa hace girar la urgente tarea educativa, –acabamos de nombrar los agentes de la educación–, padres, profesores, sacerdotes, alumnos, sin prescindir naturalmente de Dios, y que den como resultado la educación integral del ser humano, sería como confeccionar un “plato gourmet” a base de los siguientes ingredientes: verdad, persona, fe, amor, valores, capacidad de distinguir entre el bien y el mal, ciencia, cultura, razón, moral, testimonio, escuela, hogar, iglesia, Jesucristo...

La tarea no es fácil, ya lo ha dicho el Papa, por lo que previene de caer en la tentación de limitarse a transmitir determinadas habilidades y satisfacer el deseo de felicidad ofreciendo objetos de consumo y ciertas gratificaciones, sin ir a lo esencial de la educación que es la formación de la persona, capacitándola para vivir con plenitud y aportar su contribución al bien de la comunidad.

“En este contexto, el compromiso de la Iglesia de educar en la fe, en el seguimiento y en el testimonio del Señor Jesús asume, más que nunca, también el valor de una contribución para hacer que la sociedad en que vivimos salga de la crisis educativa que la aflige, poniendo un dique a la desconfianza y al extraño ‘odio de sí misma’ que parece haberse convertido en una característica de nuestra civilización”.

Llevar a los niños, a los adolescentes y a los jóvenes a encontrarse con Cristo y entablar con él una relación duradera y profunda es, precisamente, el desafío para el futuro de la fe, de la Iglesia y del cristianismo, y, por tanto, es una prioridad esencial acercar a Cristo y al Padre a la nueva generación, que vive en un mundo en gran parte alejado o alejándose de Dios.

Respecto a la educación de los jóvenes en la fe, “se trata de una educación basada sobre el encuentro directo y personal de Dios con el hombre... de persona a persona”. Educar en la fe en el seguimiento y en el testimonio quiere decir ayudarnos mutuamente a entablar una relación viva con Cristo y con el Padre.

Educar en la fe, en definitiva, no es una empresa fácil. Pero es tarea necesaria y urgente. Precisamente, lo que favorece a la gran emergencia educativa, es la creciente dificultad en transmitir a las nuevas generaciones los valores fundamentales de la existencia y de un co-

recto comportamiento, dificultad que existe tanto en la escuela como en la familia y en todos los demás organismos que tienen finalidades educativas. Incluida la Universidad, para la educación tan anhelada por el Pontífice, de una formación integral “basada en la unidad del conocimiento enraizado en la verdad”. Porque está en juego la libertad frente a una dictadura no menos aplastante: la mezcla del relativismo y la mentalidad tecnicista.

En audiencia a un grupo de obispos colombianos el Papa les dijo:

“La aspiración a la libertad y a la verdad es una parte inalienable de nuestra humanidad común”.

Además de la búsqueda de la verdad, la Universidad tiene como misión la educación de los jóvenes, que en ningún modo se reduce o puede reducir a la simple acumulación de conocimientos técnicos, sino que es una verdadera formación humana a partir de los tesoros de la tradición intelectual ordenada a una vida virtuosa al servicio de una auténtica humanidad, de la perfección de la persona en el seno de una sociedad justa y ordenada. Conocimiento sí, pero basado en la verdad.

Con el desarrollo de las tecnologías, existe la tentación de desligar la razón respecto a la búsqueda de la verdad. Si eso sucede, la razón se desorienta, se marchita, sea bajo la aparente modestia de contentarse con lo parcial y lo provisional, sea bajo la aparente seguridad de quien otorga igual valor a todas las cosas. Pero de ahí se sigue el relativismo que amenaza precisamente la autonomía de la Universidad.”

La fidelidad al hombre exige la fidelidad a la verdad, que es lo único que garantiza la libertad. Por eso se impone la opción urgente por una educación que facilite la conquista diaria de la libertad, conscientes, de que la libertad humana tiene como límite la verdad. Lo diré en mis

propias palabras, la libertad humana cabalga a lomos de la verdad. Si el hombre quiere ser libre, ha de ser galopando sobre la verdad. La libertad que salta los muros de la verdad desemboca en el libertinaje.

Benedicto XVI se ha erigido en portaestandarte de la educación en la verdad. Ello requiere educar en la fe, que lleve al encuentro personal con Cristo, Camino, Verdad y Vida.

De este modo, la Buena Noticia de Cristo puede actuar guiando tanto al docente como al estudiante, hacia la verdad objetiva que, trascendiendo lo particular y lo subjetivo, apunta a lo universal y a lo absoluto, que nos capacita para proclamar con confianza la esperanza que no defrauda.

“Frente a los conflictos personales, la confusión moral y la fragmentación del conocimiento, los nobles fines de la formación académica y de la educación, fundados en la unidad de la verdad y en el servicio a la persona y a la comunidad son un poderoso instrumento especial de esperanza”.

El Papa cuestiona si realmente se tiene fe y confianza en Dios y se actúa o no de acuerdo a la fe en Cristo. Oigámosle: “La identidad de una Universidad o de una Escuela Católica no es simplemente una cuestión del número de los estudiantes católicos. Es una cuestión de convicción. ¿Creemos realmente que sólo en el misterio del Verbo encarnado se esclarece verdaderamente el misterio del hombre?” (G.S, 22). ¿Estamos realmente dispuestos a confiar todo nuestro yo, inteligencia y voluntad, mente y corazón a Dios? ¿Aceptamos la verdad que Cristo reveló? En nuestras universidades y escuelas ¿Es ‘tangible’ la fe?”

¿Por qué el Papa hace estas preguntas? Porque está convencido de que se puede reconocer que la “crisis de verdad” contemporánea, está radicada en una “crisis de fe”, y que “únicamente mediante la fe

podemos dar libremente nuestro asentimiento al testimonio de Dios y reconocerlo como el garante trascendente de la verdad que él revela.

“Una vez más, vemos por qué el promover la intimidad personal con Jesucristo y el testimonio comunitario de su verdad, que es amor, es indispensable en las instituciones formativas católicas”.

Quisiera para terminar, citarles el siguiente texto, tomado como los anteriores, del “Encuentro con los educadores católicos”, que tuvo lugar durante el viaje apostólico a los Estados Unidos de América, que tuvo lugar el jueves 17 de abril de 2008, dos meses después de su Carta sobre la Educación dirigida a la Diócesis y ciudad de Roma. No tiene desperdicio:

“¿Cómo pueden responder los educadores cristianos? Estos peligrosos datos (se refiere a lo que acaba de decir en el párrafo anterior en el que ha manifestado su preocupación “cuando no se reconoce como definitivo nada que sobrepase al individuo...”). “En este horizonte relativista, los fines de la educación terminan inevitablemente por reducirse”. “Hoy notamos una cierta timidez ante la categoría del bien y una búsqueda ansiosa de las novedades del momento”. “de cómo se ha asumido que cualquier experiencia vale lo mismo y cómo se rechaza admitir imperfecciones y errores”. “la reducción de la preciosa y delicada área de la educación sexual a la ges-

tion del ‘riesgo’, sin referencia alguna a la belleza del amor conyugal”.) manifiestan lo urgente que es lo que podríamos llamar “caridad intelectual”. Este aspecto de la caridad invita al educador a reconocer que la profunda responsabilidad de llevar a los jóvenes a la verdad no es más que un acto de amor. De hecho, la dignidad de la educación reside en la promoción de la verdadera perfección y la alegría de los que han de ser formados... Una vez que se ha despertado la pasión por la plenitud y unidad de la verdad, los jóvenes estarán seguramente contentos de descubrir que la cuestión sobre lo que pueden conocer les abre a la gran aventura de lo que deben hacer. Entonces experimentarán “en quién” y “en qué” es posible esperar y se animarán a ofrecer su contribución a la sociedad de un modo que genere esperanza para los otros”.

La expresión: “caridad intelectual” recuerda aquella otra: “Caritas Christi urget nos”, el amor de Cristo nos urge a proclamarlo y llevarlo al mundo entero, de San Pablo.

La caridad intelectual, por un acto de amor a Cristo, urge, a esta urgencia se refiere el Papa, a dar a los niños y jóvenes una educación integral que tenga como ingredientes: la verdad, la persona, la fe y el amor.

UNIVERSIDAD CRISTÓBAL COLÓN

Directorio

Francesc Fuster Ángel

RECTOR

Francisco Aísa Gamero

VICERRECTOR GENERAL Y DE FORMACIÓN
Y CULTURA

Alicia García Díaz Mirón

VICERRECTORA ACADÉMICA

Félix Ávila Grajales

VICERRECTOR GENERAL DE
ADMINISTRACIÓN, VINCULACIÓN Y
DESARROLLO

José F. Unanua Pagola

PROFESOR EMÉRITO Y ASESOR

Vicerrectoría de Formación y Cultura
Dirección General de Extensión Universitaria
Coordinación de Difusión Cultural/
Servicios editoriales

Abracadabra

Adriana Valdez

DISEÑO EDITORIAL

Este número se terminó de imprimir en el mes
de septiembre de 2011 en los Talleres de Enlace
Gráfico, Cerrada de los Arcos 21, Querétaro, Qro.,
México, C.P. 76020. Tiraje: 500 ejemplares.



Universidad Cristóbal Colón
Carr. La Boticaria Km 1.5
Col. Militar, H. Veracruz, Ver. México

.....
www.ver.ucc.mx

